

La guerra ha terminado. Con esta expresión trataba de transmitir a algunos alumnos el sentido de que hoy nos hayamos reunido todos aquí. Para los más veteranos, han sido seis años de trabajo continuado: aproximadamente unas 6300 horas de clase, con sus exámenes correspondientes, sus fiestas de Santo Tomás, sus excursiones, sus notas, sus suspensos, alegrías y penas. Toda una guerra, sin duda, en la que también hay bandos: habitualmente se piensa que los alumnos vais por un lado, y los profesores por otro. Los padres, dependiendo del caso, se deciden por uno de los dos bandos o incluso llegan a formar un frente independiente. Hoy es el momento de tomar conciencia de que en realidad peleábamos todos juntos contra un enemigo común y difícil de combatir: la ignorancia y el desprecio de la cultura. Ambos son la raíz de fondo de muchos de los problemas actuales.

Hoy termináis una guerra, pero todos andamos embrollados en otras muchas. Recuerdo que al comienzo del curso preguntaba en clase cuántos de los presentes estarían dispuestos a robar si contaran con la certeza absoluta de que no serían descubiertos. El interrogante no es nuevo: lo plantea Platón en la *República*. La respuesta de los alumnos, vuestra respuesta, da que pensar: una mayoría abrumadora de los presentes levantaba la mano sin ningún tipo de reparo. La reacción fácil sería mirarlos escandalizados: lo difícil es escandalizarnos ante nosotros mismos. Colaboramos a construir sociedades en las que el robo o la corrupción producen tanta indignación como envidia. Se pide la cabeza del corrupto: ¿Rehusaríamos nosotros a ser los beneficiarios de la acción que condenamos? La vieja guerra de la educación moral sólo puede combatirse con un arma: educación.

Eso es lo que hemos tratado de daros desde que vinisteis a este instituto: educación. La más importante es la que habéis recibido en casa: de nada sirve todo lo que os pueda enseñar un profesor si vuestros padres no os han enseñado previamente a ser personas. Lo que sois, lo que habéis aprendido a ser fundamentalmente en casa, os acompañará a lo largo de la vida. La filosofía, la lengua, las matemáticas o el inglés caerán en el olvido si no os encargáis de mantener vivo ese conocimiento. Sin embargo, esto no impide que lo que aprendéis aquí vaya mucho más allá del saber técnico y teórico: la honestidad profesional, la justicia en el trato a los demás, y el amor por el saber son valores que han venido caracterizando al Fray Pedro de Urbina desde hace décadas y que intentan mantenerse también hoy. Puede que ahora el cansancio de la batalla os lleve a aborrecer el instituto y el estudio. Seguramente estaréis deseando que llegue el momento de ir al viaje que venís preparando, bocadillo a bocadillo, desde hace meses.

Pero con el paso del tiempo recordaréis el Fray Pedro como algo más que aulas y profesores explicando sus materias. Os guste o no: habéis pasado más tiempo en estas aulas que en la parte vieja. Vuestro tiempo aquí es uno de los más intensos en la vida de todo ser humano: entrasteis siendo niños, y salís como jóvenes orientados a iniciar estudios superiores. Igual que habéis marcado el ambiente del instituto con vuestra presencia, es seguro que algo del centro os acompañará en vuestros próximos estudios. Y es que esta despedida es para vosotros el inicio de algo nuevo, el preludio de una nueva guerra: Guerras sociales, culturales, económicas, políticas, morales... Guerras externas e internas que son el reflejo de una humanidad que está aún a medio hacer. En otros campos de batallas recordaréis esta como un juego de niños: las notas no pueden ser nunca lo más importante en la vida de un ser humano. Palabras bastante más trascendentales para cada uno de nosotros, como puede ser la felicidad, viven alejadas de un boletín, de una nota de corte, de un expediente académico o de una carrera profesional. No merece la pena luchar sólo por eso, y ninguno de estos logros tiene sentido si no consolida y refuerza otras metas, más altas y más difíciles, por las que han luchado muchas generaciones: hacer del mundo un lugar mejor. Con los pies en el suelo, con logros sencillos. Un ejemplo cercano: que la mayoría de alumnos de una clase no esté dispuesta a robar aún sabiendo con total seguridad que no les van a descubrir. Algunos de los problemas más acuciantes y urgentes de nuestra sociedad empezarían a disolverse con gestos como este, y el trasfondo moral que está en juego es la auténtica guerra del ser humano, la que parece no tener final alguno y de la que nadie puede escapar. Todos tenemos que decidir. Pero dejemos por hoy estos conflictos. La guerra (académica) ha terminado: disfrutad de la paz efímera. Y en futuras batallas no dejéis de lado una de las reflexiones que Montaigne nos dejó en sus *Ensayos*: “En todo y en cualquier lugar bástanme mis ojos para mantenerme en el deber; no hay otros que me vigilen tan de cerca ni a los que respete yo más.” Es la mejor idea para ir a cualquiera de las guerras que en el mundo son y serán.